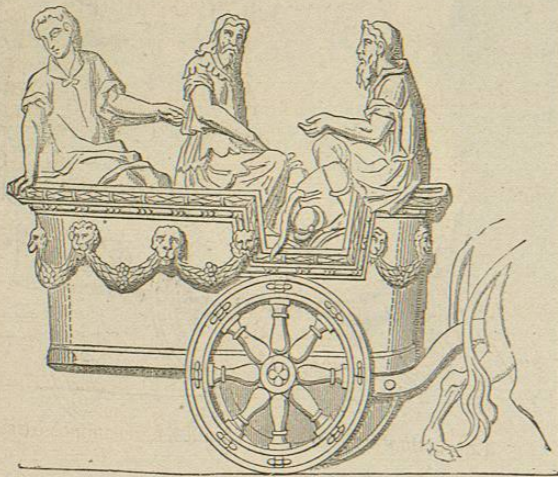


daremos nosotros honor.» Y cuando el tribuno del pueblo llamó á los ciudadanos á votar el triunfo, un enemigo personal de P. Emilio, llamado Servio Galba, tribuno de la segunda legión, que había inducido á los soldados á servir sus rencores, pidió que se aplazara la deliberación al día siguiente, porque necesitaba un día entero para desenvolver los motivos de su oposición. Intimidado por el tribuno del pueblo á que hablara desde luego, pronunció un discurso que duró cuatro horas, hasta la puesta del sol; y como la asamblea debía disolverse al oscurecer, fué preciso aplazar el asunto al día siguiente.

Desde muy temprano llenaban el foro los soldados, y las primeras tribus llamadas desecharon la ley.

Negar el triunfo al que había hecho de Roma la heredera de Alejandro era una de esas indignidades propias del populacho abandonado á sus malos instintos. Los principales personajes se arrojaron en medio de la multitud diciendo á voces que se sacrificaba la causa del cónsul á la licencia y codicia de la soldadesca; que aquello era hacer á



Carro conduciendo cautivos. (Tomado de Montfaucon.)

éstos los amos y á los generales sus servidores; y un consular, que había sido lugarteniente de un dictador, M. Servilio, suplica á los tribunos que pongan el asunto á deliberación autorizándolo para arengar al pueblo.

Los tribunos se retiran un tanto para conferenciar, y como la oposición no venía de ellos, sino de un intruso, declararon luego que llamaran á las tribus al sufragio, después de oír á los ciudadanos que quieran hacer uso de la palabra.

M. Servilio refiere los servicios de P. Emilio, su justa severidad, á la que es debida la victoria, y dirigiéndose á Galba: «¿Te atreverás, exclama, á decir al pueblo romano, como otros tantos capítulos de acusación, que los tribunos han vigilado los puestos con demasiada exactitud; hecho las rondas con sobrado rigor, impuesto á los soldados muchas fatigas; que en un mismo día ha debido el ejército hacer una larga marcha, dar una batalla y perseguir al enemigo; que el botín en vez de derrocharse se ha conservado para el tesoro público? Y vosotros, soldados, ¿qué tenéis que decir? ¡Cómo! ¡hay en Roma otro hombre que Perseo que no quiere que se triunfe de los macedonios y no hacéis pedazos á ese hombre con las mismas manos con que habéis derribado á vuestros enemigos!

» Pero á vosotros mismos es á quienes se niega el triunfo; se os prohíbe entrar en la ciudad ceñidos de laureles y adornados de recompensas militares, pasar á vista de vuestros conciudadanos en la pompa de la victoria. Que se devuelvan entonces los despojos que habéis conquistado, las

armas tomadas á los soldados que cayeron al esfuerzo de vuestro brazo. Y esos vasos de plata y de oro, todas esas riquezas reales, ¿habrán de llevarse de noche al erario, como producto de un robo vergonzoso? ¿Y no ha de ver el pueblo romano pasar cautivos á Perseo y sus dos hijos, que recuerdan los famosos nombres de Filipo y de Alejandro?

» Pero el triunfo no es debido solamente á los que han vencido; también pertenece á los dioses que han dado la victoria. ¿Queréis defraudar al mismo Júpiter? Despreciad lo que os ha dicho Galba, ese hombre que no ha estudiado el arte de la palabra sino para hacer de ella un instrumento de maledicencia, y escuchadme á mí. Yo he sostenido veintitrés combates singulares y he traído todos los despojos de los que me retaron; mi cuerpo está cubierto de heridas, recibidas todas por delante; que Galba descubre el suyo y no veréis en él ni una cicatriz. Ahora decidid si para obtener el favor de sus soldados debe un general hacerse esclavo de sus caprichos (1).»

Las treinta y cinco tribus volvieron á las urnas y por unanimidad votaron el triunfo. Felicitémoslos por su justicia, aunque tardía; pero guardemos la memoria de este doble síntoma: la avidez creciente del soldado, que comienza á dejar ver en el legionario de la república al del imperio, y la facilidad del pueblo en asociarse á los envidiosos rencores de un mal ciudadano, contra uno de los mejores servidores del Estado.

Esta solemnidad, á la que asistió todo el pueblo vestido de blanca toga, hubo de durar tres días. El primero pasaron las estatuas y los cuadros en doscientos cincuenta carros; el segundo una larga hilera de carros cargados de armas, cuyo hierro ó bronce recién bruñido resplandecía vivamente: parecían amontonadas más bien que puestas con arte y presentaban hacia adelante las amenazadoras puntas de las espadas. Cuando se chocaban en la marcha producían un sonido marcial é imponente. Venían luego seis mil hombres trayendo setecientos cincuenta vasos, que contenían tres talentos en plata acuñada; otros traían cráteras y copas de plata notables por su labor y tamaño. El tercer día desde por la mañana las trompetas en vez de aires alegres, tocaron la carga ó ataque: el triunfo comenzaba. Ciento veinte bueyes de dorados cuernos, adornados con cintas y guirnaldas, abrían la marcha, conducidos por jóvenes ceñidos de bandas bordadas, entre niños que llevaban copas de oro y plata. Detrás de ellos traían unos soldados el oro acuñado en setenta y siete vasos con tres talentos cada uno. Cuatrocientas coronas de oro ofrecidas por las ciudades de Grecia y Asia, una copa sagrada de peso de diez talentos de oro é incrustada de pedrería, que P. Emilio había hecho fabricar; después las antigónidas, las selécidas, las teríceas y demás copas de oro que adornaban la mesa de los reyes macedonios, precedían el carro de Perseo, donde se veían sus armas y su diadema.

Seguía la multitud de cautivos; entre ellos el hijo de Cotis, enviado en rehenes por su padre á Macedonia, y los hijos del rey, dos príncipes y una princesa, que demasiado jóvenes para comprender su desdicha, se creían en una fiesta y sonreían ingenuamente, mientras sus ayos procuraban enseñarles á tender las manos suplicantes hacia el pueblo. Detrás venía Perseo en traje luctuoso, con expresión impasible, como si el exceso de sus males le hubiera quitado el sentimiento de la realidad. Para no perder nada del fiero placer de la venganza, se obligó á la reina á seguir á su esposo y á sus hijos, á los cuales podía creer destinados

(1) Tito Livio, XLV, 35-39.

al suplicio: durante esta marcha fúnebre iba al lado del rey. Perseo había suplicado á Paulo Emilio que lo sustrajera á tanta ignominia y dolor. «Es una cosa que siempre ha sido y que está aún en todo su vigor,» contestó duramente el romano. En fin, el triunfador aparecía, seguido de sus cerradas cohortes; pero de los dos hijos suyos que debían acompañarlo en su carro triunfal, el uno acababa de morir y el otro expiró tres días después.

En su viril dolor, P. Emilio se felicitaba aún de que la fortuna lo hubiera escogido á él para expiar la felicidad pública. «Mi triunfo, decía, puesto entre los dos funerales de mis hijos, habrá bastado á las crueles exigencias de la suerte. A los sesenta años encuentro solitario mi hogar, después de haber visto en él una numerosa posteridad; pero me consuela á lo menos la prosperidad del Estado: yo he satisfecho por él.» Vivió Paulo Emilio algunos años más; fué censor aún en el año 160 y murió desempeñando este cargo.

Por haber hecho prisionero al rey de Macedonia en Samotracia, el pretor Octavio había obtenido á su vez el triunfo naval; el otro pretor Anicio obtuvo igualmente este honor, habiendo llevado en su triunfo al rey de Iliria, Gencio, que fué en seguida aprisionado en Iguvio, en medio de las montañas de la Umbría.

CAPÍTULO XXXI

REDUCCION DE LA MACEDONIA A PROVINCIA ROMANA. — SUMISION DE LA GRECIA

I. — ESPANTO DE LOS PRÍNCIPES Y PUEBLOS DESPUES DE PIDNA

Después de la derrota de Perseo, el pueblo romano no había tomado tampoco nada para sí, á no ser los cuarenta y cinco millones traídos al tesoro por P. Emilio y los tributos impuestos á Macedonia, que permitieron al senado prescindir de la antigua contribución de guerra, *tributum*, que antes se exigía á los ciudadanos. Esta supresión del único impuesto que tuvieran que pagar (1) muestra bien á las claras que Roma se proponía vivir á costa de sus súbditos. Este principio de gobierno tuvo por consecuencia las *frumentaciones*, ó distribuciones de trigo á bajo precio, como la parte de botín dejada á los soldados dió lugar á los donativos, *donativa*; dos instituciones de que abusó el imperio, pero que son de origen republicano y que no se comprenderían, si no se quisiera tener en ellas un medio de corrupción para seducir y manejar al pueblo y al ejército.

Roma no tenía necesidad de añadir nuevos territorios á su imperio para extender su dominación. La Macedonia había parecido el último baluarte de la libertad del mundo, y ahora que esta muralla había caído, todos iban á buscar la servidumbre con indecible terror. Prusias, rey de Bitinia, había permanecido neutral; sin embargo, corrió á Italia y se presentó al senado con la cabeza rasurada y el gorro del liberto. A su entrada besó el umbral de la curia y exclamó: «¡Salud, dioses salvadores!»

El mismo Masinisa tembló. «Dos cosas, vino á decir su hijo en su nombre, dos cosas le habían causado vivo do-

(1) El otro impuesto, ó más bien derecho sobre las emancipaciones, *vicesima manumissionum*, servía para constituir un fondo de reserva para los tiempos difíciles. La exención del tributo duró 125 años hasta las guerras de Octavio y Antonio.

En cuanto á Perseo, arrojado, después de la ceremonia, en un calabozo infecto, entre malhechores, habría pasado hasta hambre, si sus compañeros de cautividad no hubieran compartido con él su triste sustento.

Al cabo de siete días las instancias de P. Emilio hicieron cesar esta vergüenza, que hubiera deshonrado á Roma, á no creer los antiguos que todo era lícito contra el vencido. Fué entonces relegado á la ciudad de Alba en el país de los marsos y un misterioso silencio envolvió desde entonces al rey, que había sido un momento la esperanza del mundo. No se sabe á punto fijo si vivió en esta prisión dos años ó cinco ni de qué manera acabó sus tristes días, si dejándose morir de hambre ó víctima de las torturas de sus carceleros.

Filipo, su hijo mayor, no le sobrevivió más que algunos años; el otro tuvo que aprender el oficio de tornero para ganarse la vida. Más tarde este heredero de Alejandro llegó al cargo de copista.

Fin más triste aún fué el de aquel glorioso pueblo que había conquistado la Grecia y el Asia. Jamás volvió á subir la Macedonia al rango de las naciones y hasta nuestros días, durante veinte siglos, la historia no ha pronunciado su nombre.

lor: que el senado le pidiera por medio de embajadores, auxilios que tenía derecho á exigir, y que le enviara el precio del trigo suministrado. Masinisa no había olvidado que debía al pueblo romano su corona, y contento con el usufructo, sabía que la propiedad pertenecía al donante (2).» Al mismo tiempo pedía venia para pasar á Roma á hacer en el Capitolio un sacrificio en acción de gracias; pero el senado le prohibió que abandonara el Africa.

Otros reyes pretendían hacer el mismo viaje; pero un decreto les prohibió también pasar la mar, y cuando Eumenes desembarcó en Brindis, un cuestor le intimó la orden de salir inmediatamente de Italia. Este recibimiento puso en peligro su reino, pues suponíendolo amenazado de la cólera de Roma, todos sus aliados le abandonaron en medio de la guerra que sostenía contra los gálatas. Sin embargo, su hermano Atalo fué recibido con honor. Los senadores le ofrecieron la mitad de los Estados de Eumenes; ofrecimiento que rehusó con prudencia para no desmembrar él mismo su herencia. Habiendo fracasado este medio de debilitar el reino pergamense, dejó el senado que los gálatas le hicieran la guerra y lo quebrantaran; después excitó á Prusias contra Eumenes y renovó el ultraje hecho á Filipo de enviar comisarios para que recibieran directamente las quejas que tenían del rey y oyeran su justificación.

El rey de Siria Antíoco IV Epifanes había conquistado parte del Egipto y fijó su residencia en Alejandría. El diputado romano Popilio le ordenó volver á sus Estados, y pidiendo Antíoco algunos días para deliberar, trazó Popilio en la arena un círculo al rededor del rey diciendo: «Antes de salir de este círculo has de contestar al senado.» Vencido el rey por un solo hombre mandó la retirada de su ejército: el Egipto se había salvado. Para mantenerlo bajo la

(2) Tito Livio, XLV, 13.

tutela del senado, dividió Popilio el reino entre Filometor y Fiscón, y los embajadores de todos estos reyes partieron para protestar á los pies de Roma de su veneración y obediencia. Al ver tanta vileza y cobardía se pone uno involuntariamente de parte de Roma, á pesar de su política insolente y pífida.

Embarazados por la guerra en su comercio los negociantes de Rodas, pretendieron imponer su mediación, y ahora se arrepentían de



Moneda de Rodas (1)



Vista de la ciudad de Metelín, antigua Mitilene, capital de Lesbos

Al subir al trono Ariarato de Capadocia, pidió también esta peligrosa alianza y dió gracias á los dioses con solemnes sacrificios por haberla obtenido. Su bajeza no impidió que el senado sostuviera contra él un usurpador, al que designó la mitad del reino (159).

En la isla de Lesbos fué arrasada Antisa por haber suministrado algunos víveres á la flota de Perseo; por lo cual, las ciudades de Asia tuvieron buen cuidado de desterrar á los partidarios del rey, cuando no los enviaban al suplicio. Durante algunos meses, pesó con todos sus horrores sobre la Grecia el más tiránico terror.

Todos los malos instintos que fermentaban en aquellas pequeñas ciudades, sin disciplina ni costumbres de mucho tiempo atrás, hubieron de tomar vuelo á la sombra de Roma. Era la ocasión de vengarse de un enemigo, de un rival, con solo acusarlo de afecto á Perseo ó desafecto al senado; porque bastaba ser sospechoso de haber hecho en el fondo del corazón votos por la causa de Macedonia para ser arrastrado ante un implacable tribunal: el etolio Liciscos denunció á quinientos de sus compatriotas, á todo el

(1) Por una cara, la cabeza del Sol; por otra ΠΟΛΙΩΝ ΕΥΡ y la rosa, símbolo ordinario de los rodios. Draema de Rodas.

aquella imprudencia ordenada por su asamblea popular. En su consecuencia, dieron muerte á los partidarios de Perseo y enviaron á Roma ricos presentes. El senado no les declaró la guerra, pero les quitó la Licia y la Caria, que les daban anualmente 120 talentos. La prohibición de importar sal á Macedonia y sacar de este país maderas de construcción, ó mejor dicho, el establecimiento de un puerto franco en Delos arruinó su marina, y en algunos años el producto de su aduana descendió de un millón de dracmas á 150,000. La ciudad tan rica y orgullosa antes, quedó humillada; en 164 solicitó y obtuvo el título de aliada que tan rápidamente hacía caer en la categoría de súbdita.

senado de Etolia y los hizo condenar á muerte, Roma no prestó más que la espada de sus soldados para la ejecución.

¿Cansaron al vencedor estas matanzas jurídicas? Pudiera considerarse como el deseo de ponerles término la resolución de internar á los sospechosos á varias ciudades de Italia: los hombres más notables que quedaron en el Epiro, en la Acarnania, en la Etolia y la Beocia siguieron á Paulo Emilio á Roma; mil aqueos designados por Calícrates fueron allá deportados. Sólo un príncipe recibió con sorpresa un beneficio de Roma, Cotis, aquel régulo tracio que tan bravamente había sostenido á Perseo: el senado le envió á su hijo, encontrado entre los prisioneros. Pero la Tracia era el paso de Europa al Asia y era conveniente procurarse allí aliados.

Borrada la Macedonia de la categoría de las naciones, despoblado el Epiro y arruinada la Etolia, no quedaba en la Grecia otro Estado que la liga aquea, destinada también á perecer: el mismo Filopémenes no había creído formalmente en su duración. Cuando los romanos, dice Polibio, pedían cosas conformes á las leyes y á los tratados, ejecutaba sus órdenes sin dilación; cuando eran injustas sus exigencias, quería que se hicieran primero reconvenções y luego súplicas, y si se mostraban inflexibles, que se tomara

á los dioses por testigos de la infracción de los tratados y que se obedeciera. «Sé, añadía, que vendrá un tiempo en que todos seremos súbditos de Roma (1); mas quiero retardar todo lo posible ese tiempo. Arístenes, al contrario, lo llama, porque ve su inevitable necesidad y prefiere sufrirla hoy antes que mañana.» Esta política de Arístenes, que Polibio se atreve á llamar prudente (2), fué aceptada por Calícrates, pero con el único interés de su ambición y con un repugnante y cínico servilismo. «La culpa es vuestra, Padres Conscriptos, se atrevió á decir en el senado, si los griegos no se muestran dóciles á vuestra voluntad. En to-



Moneda del Epiro (3)

das las repúblicas hay dos partidos: uno que afirma que es preciso atenerse á las leyes y á los tratados; otro que pretende que ceda toda consideración á merecer vuestros plácemes. La opinión de los primeros es agradable á la multitud: así vuestros partidarios son despreciables; pero tomad á pechos sus intereses, y muy luego todos los jefes de las repúblicas, y con ellos el pueblo, estarán por vosotros.» El senado contestó que sería de desear que los magistrados de todas las ciudades se parecieran á Calícrates, y como para justificar sus palabras, los aqueos lo eligieron estratega á su regreso de Roma.

Esto pasaba algunos años antes de la guerra de Perseo, que inspiraba esperanzas á los partidarios de la independencia helénica. También quisieron los aqueos al principio guardar estricta neutralidad; pero cuando Marcio forzó los desfiladeros del Olimpo, acudió Polibio á ofrecerle el refuerzo de un ejército aqueo. Era demasiado tarde: los romanos querían vencer solos, para no quedar embarazados por la gratitud. El mismo Polibio fué uno de los mil detenidos en Italia, y hubiera tenido por prisión alguna ciudad oscura, lejos de sus libros y de los grandes negocios, cuyo estudio tanto le gustaba, si los dos hijos de P. Emilio no hubieran respondido de él al pretor.

II - REDUCCIÓN DE LA MACEDONIA Á PROVINCIA ROMANA

Durante los diez y siete años que duró este destierro, sobre el cual no quiso nunca explicarse el senado, Calícrates permaneció al frente del gobierno de su país, y á fe que servía mejor los intereses de Roma, que si el senado hubiera puesto un procónsul en su lugar. Dejar á los países ven-

(1) Tito Livio hace también decir por boca de Licortas estas palabras más enérgicas á Apio: «Sé que estamos aquí como esclavos, que se justifican ante sus señores.» (XXXIX, 37.)

(2) Libro XXV, 8. Sin embargo, Polibio y su padre Licortas eran jefes del partido opuesto á los romanos. Durante la guerra contra Perseo estuvieron á punto de ser acusados por los comisarios, y después de Pidna fué deportado Polibio á Italia. Pero viendo á Grecia tan floca, dividida y cubierta de sangre y ruinas, se resignó á verla tranquila y próspera bajo la dominación romana que dejaba tanta libertad interior. Digase lo que se quiera, hay que volver al buen sentido é imparcialidad del amigo de Filopémenes.

(3) Cabeza laureada de Júpiter, unida al busto diademado y velado de Juno; detrás dos monogramas. Al reverso, ΑΠΕΙΡΩΤΑΝ (de los epirotas) y un toro furioso en una corona de encina. Moneda de plata del Epiro.

cidos ó sometidos á la influencia romana sus jefes nacionales, gobernar por medio de los indígenas, como los ingleses lo hacen ahora en la India, fué una de las felices máximas de la política romana. Contentos con esta aparente independencia, con estas libertades municipales, que se armonizaban tan bien con el despotismo político, caían los pueblos sin estrépito en la condición de súbditos, y el senado los encontraba aparejados para la servidumbre y hechos ya al yugo cuando quería tirar del freno y meter la espuela. Así la Grecia, sin darse cuenta de ello, iba á venir á ser como tantas otras ciudades italianas una posesión de Roma, cuando á la muerte de Calícrates, Polibio, ayudado por Escipión Emiliano, solicitó la vuelta de los desterrados de Acaja, que no eran ya más que trescientos. El senado vacilaba y Catón se indignó de que se deliberara tanto por una bagatela: el desdén le dió humanidad. «No se trata, dijo, sino de decidir si algunos griegos decrepitos han de ser enterrados por nuestros sepultureros ó por los de su país.» Con esto se les dejó partir (4). Y decía bien Catón: después del último esfuerzo, al sepulcro descendía la Grecia, y por veinte siglos.

En algunos de aquellos desterrados, la edad no había enfriado el ardor ni calmado el resentimiento. Dieos, Critolaos y Damócritos volvieron á su patria con el corazón ulcerado, y con su imprudente audacia precipitaron su ruina.

Las circunstancias les parecían ciertamente favorables. Un aventurero, Andriscos, suponiéndose hijo natural de Perseo, acababa de reclamar la herencia paterna (152). Rechazado por los macedonios en su primera tentativa, se refugió cerca de Demetrio, rey de Siria, que lo entregó á los romanos. Estos, contra su costumbre, lo guardaron mal, y se escapó, levantó un ejército en Tracia, y dándose esta vez por Filipo, aquel hijo de Perseo que había muerto entre los marsos, sublevó la Macedonia y ocupó parte de la Tesalia. Escipión Nascia lo expulsó de esta provincia (149); pero volvió luego á ella, batió y mató al pretor Juvencio é hizo alianza con los cartagineses, que comenzaban entonces su tercera guerra púnica. El negocio tomaba carácter grave: Roma hacía la guerra entonces en España y en Africa, y era de temer que el movimiento se extendiera progresivamente á toda la Grecia y al Asia. Dióse pues un ejército consular al pretor Metelo, el cual ganó una nueva victoria en Pidna y haciendo prisionero al pretendiente Andriscos, lo trajo á Roma cargado de cadenas (148).

Un año había bastado para terminar esta guerra, poco temible en el fondo, que otro impostor intentó en vano renovar algunos años después (142). Creyendo, en fin, el senado, maduros para la servidumbre los Estados que de medio siglo atrás había vencido ó enlazado á sus intrigas, redujo la Macedonia á provincia romana (146).

La nueva provincia se extendía de la Tracia al Adriático, donde las dos florecientes ciudades de Apolonia y Dirraquio ó Durazo le sirvieron de puertos y como puntos de enlace con Italia. Su impuesto quedó fijado en cien talentos, mitad de lo que la Macedonia pagaba á sus reyes y que ella misma repartió; sus ciudades conservaron sus libertades municipales, y en vez de las guerras civiles y extranjeras que, durante tanto tiempo la habían desolado, iba á gozar por espacio de cuatro siglos una próspera paz que

(4) Polibio quería pedir al senado que se les restableciera en los cargos y honores que tenían antes de su destierro, y Catón, á quien hubo de sondear á este propósito, le dijo: «Me parece, Polibio, que no haces tú lo que Ulises: habiéndote escapado de la caverna del gigante cíclope, quieres volver á ella á buscar el sombrero y el cinturón que te dejaste olvidados.» (Plut., Catón, 9.)

sólo fué turbada muy de tarde en tarde por las exacciones de algun procónsul republicano.

III. — BATALLA DE LEUCOPETRA. — DESTRUCCIÓN DE CORINTO (146)

El ejército de Metelo, el *Macedónico*, estaba aún acantonado en medio de su conquista, cuando uno de los desterrados aqueos de vuelta al Peloponeso, Dieos, fué elegido estratega. Durante su magistratura, se renovó la eterna querrela entre Esparta y la liga, por las secretas intrigas de Roma. Esparta quiso otra vez salir de la común alianza. Luego al punto se armaron los aqueos, pero los comisarios

romanos llegaron con un senadoconsulto que separaba de la liga á Esparta, Argos y Orcomene, las dos primeras por estar pobladas de dorios y la otra por ser de origen troyano, las tres, por consiguiente, extranjeras por la sangre para los demás miembros de la federación.

A la lectura de este decreto del senado, sublevó Dieos el pueblo de Corinto, los lacedemonios encontrados en la ciudad fueron asesinados y los diputados romanos sólo pudieron sustraerse á la misma suerte huyendo precipitadamente. Aquel pueblo que durante cuarenta años había temblado ante Roma, encontró al fin algún valor en el exceso de la humillación; arrastró en su resentimiento á Calcis y á los beocios, y cuando Metelo bajó de la Macedonia con



Ruinas del templo de Minerva Calmitis en Corinto

sus legiones, los confederados salieron á su encuentro hasta Escarfea en Locride (146).

Este ejército fué derrotado; pero armando hasta los esclavos, Dieos pudo reunir aún hasta catorce mil hombres, y apostado en Leucopetra, á la entrada del istmo de Corinto, esperó al nuevo cónsul Mummio. En las alturas inmediatas se apiñaron las mujeres y los niños para ver á sus maridos y á sus padres vencer ó morir en aquel terrible empeño. Y los vieron morir.

Corinto fué entrada á saco y entregada luego á las llamas, Tebas y Calcis arrasadas, y el territorio de las tres ciudades agregado al dominio público del pueblo romano. Las ligas aquea y beocia fueron disueltas, todas las ciudades que habían tomado parte en la lucha, dismanteladas y sometidas al tributo y al gobierno oligárquico, que era más fácil al senado tener en su dependencia que las asambleas populares. Los territorios sagrados, Delfos y Olimpia, en la Elide, conservaron sus privilegios; pero el prestigio de aquellos dioses que no sabían ya salvar á sus pueblos menguaba notablemente y á nacer iba la hierba al rededor de sus templos.

¡Un pueblo más borrado de la lista de las naciones! Los griegos habían llegado, en efecto, al fin de su existencia po-

lítica, y ni tenían el derecho de acusar de ello á la fortuna. Triste es decirlo, para nosotros sobre todo, pero los que tienen la culpa, sin que los vencedores tengan razón, son casi siempre los vencidos. Recuérdese el cuadro que de la Grecia trazamos antes de que los romanos pusieran en ella el pie, y se reconocerá que este pueblo había cavado su fosa con sus propias manos. Quien no puede gobernarse obedecerá; quien no tiene previsión estará expuesto á todos los azares: es la ley universal. La anarquía hizo justamente esclavos á los que en mejores tiempos, el patriotismo y la disciplina habían hecho gloriosos y fuertes.

En verdad, aquella degenerada raza no merecía que Roma echara tanta prudencia en atraerla insensiblemente bajo su imperio. Como si el senado hubiera tenido presentes siempre las hazañas en otro tiempo acabadas por los griegos; como si hubiera temido que, precipitando las cosas, alguna bella esperanza viniera á renovar los laureles de Maratón y de Platea, había invertido medio siglo en obrar y hablar en son de dueño. Terminada la guerra contra los ilirios, hizo saber á los griegos que sólo por libertarlos de aquellos piratas habían pasado sus legiones el mar Adriático, y en la lucha con Macedonia pretendió combatir por su independencia. Después de Cinoscéfalos, trasformó sua-

vemente Flaminio en protectorado la amistad de los primeros días, y sólo después que toda fuerza quedó destruída en Macedonia, en Asia y en Africa, fué cuando hizo Mummio del protectorado una dominación. Y ni aun entonces fué la Grecia reducida á provincia. Este gran nombre imponía. Además, las ciudades más gloriosas, Atenas, Esparta y otras habían permanecido extrañas á la lucha empeñada por los aqueos, y muchos de éstos la habían sostenido débilmente. «Si no nos hubieran perdido pronto, se decía por todas partes, no habríamos podido salvarnos.» Querían decir con esto que una resistencia tenaz hubiera hecho implacables á los romanos, mientras una fácil victoria había desarmado su cólera.

En efecto, una vez consumadas las ejecuciones de los primeros días, y castigados los autores y cómplices de la guerra de una manera ejemplar por lo cruel, los griegos fueron tratados como vencidos cuya amistad quería granjearse Roma. Perdieron la libertad, pero conservaron su apariencia, conservando sus leyes, sus magistrados, sus elecciones, hasta sus ligas, que al cabo de algunos años les permitió el senado reanudar. Nada de guarnición romana en sus ciudades ni procónsul en el país. Pero desde el fondo de la Macedonia escuchaba el gobernador todos los rumores, vigilaba todos los movimientos, dispuesto á descender sobre la Hélade con sus cohortes y á renovar con alguna medida de rigor el espanto infundido en los ánimos por la destrucción de Corinto. En realidad, no quitaba á los griegos más que el derecho de soltar su país con la continuidad de las guerras intestinas.

Metelo tomó de Pela veinticinco estatuas de bronce que Alejandro había encargado á Lísipo para consagrar la memoria de sus guardias muertos á orillas del Gránico, y las colocó en frente de dos templos que erigió á Júpiter y á Juno, los primeros edificios de mármol que Roma poseyera. Después de estas construcciones, le quedó de su parte de botín, bastante dinero para construir un magnífico pórtico.

Mummio era un romano á la antigua; había conservado la rusticidad primitiva y no se le alcanzaba nada en achaque de elegancias griegas. Por seguir la costumbre, más bien que por amor á las obras de arte, arrebató de Corinto las estatuas, los vasos, los cuadros, las molduras que respetaron las llamas ó que no pudo él vender al rey de Pérgamo (1), y los hizo trasportar á Roma, donde exornaron los templos y sitios públicos. Para sí no se reservó nada y permaneció pobre; de tal modo que la república tuvo que dotar á sus hijas. Jamás sospechó siquiera que había cometido un crimen destruyendo la más bella ciudad de la Grecia después de un combate sin riesgo y por consiguiente sin honor ni gloria. Siempre creyó el ignaro y rústico romano que había acabado memorable hazaña y en su inscripcón consular, que se ha encontrado, se leen estas dos palabras en que hacía él consistir el honor de su consulado: *deleta Corintho*. Hizo muy bien aquel bárbaro en consagrar, después de su triunfo, un templo al dios de la fuerza, á Hércules vencedor.

En cuanto á los autores de la guerra de Acaya, el uno, Critolaos, desapareció de Escarfea; y el otro, Dieos, se dió la muerte, que no pudo, á pesar de su arrojo, encontrar en el campo de batalla. De Leucopetra huyó á Megalópolis, degolló á su mujer y á sus hijos, pegó fuego á su casa y tomó en fin un veneno.

Suscitando una lucha temeraria, estos hombres habían traído muchos males sobre su patria; pero á lo menos tuvieron valor para caer con ella y por ella. La abnegación absuelve de la imprudencia, y por nuestra parte, preferimos que la Grecia hubiera acabado así, en un campo de batalla, á que se extinguiera como la Etruria en un sueño letárgico. Así para los pueblos como para los individuos, importa saber morir bien. Los aqueos, únicos que que daron de pie en medio de los pueblos griegos derribados, debían este último sacrificio á la antigua gloria de la Hélade.

CAPITULO XXXII

REDUCCION DEL AFRICA CARTAGINESA Á PROVINCIA ROMANA

I. — CARTAGO, MASINISA Y ROMA

Los promedios del segundo siglo antes de nuestra era señalaron la hora fatal de tres de los grandes pueblos de la antigüedad: el año 148 cayó Macedonia; en 146 entregó sus armas y su libertad la Grecia; Cartago sólo fué un montón de ruinas. Otros dos menos ilustres sucumbieron también algunos años después: en 132 pereció en Numancia la independencia de España, y casi al mismo tiempo se derrumbó el reino de Pérgamo. En el espacio de diez y seis años, la Grecia, el Asia Menor, el Africa cartaginesa y España vinieron á ser meras provincias del nuevo imperio.

Desde la derrota de Zama la existencia de Cartago no había sido ya más que una agonía lenta (2). Encadenada

(1) Este príncipe ofreció seiscientos mil sestercios por un cuadro de Aristides, de Tebas (Strab., VIII, 381; Plin., *Hist. nat.*, XXXV, 8).

(2) Para toda esta guerra no tenemos más que la *Libya* de Apiano, muy pocos fragmentos de Polibio y los compendios; pero es probable que Apiano tomara su narración de Polibio, testigo ocular de los hechos.

por la prohibición de hacer la guerra sin el consentimiento del senado, no podía rechazar las invasiones del ávido Masinisa. «Los cartagineses, decía el nómada, no son en Africa sino extranjeros, que arrebataron á nuestros padres el territorio que poseen. Al principio compraron el espacio que podía comprender una piel de buey cortada en tiras ó correas: todo lo que ahora tienen más es el fruto de la injusticia y de la violencia.» Y siempre que veía ocasión favorable les quitaba una provincia. En 199 comenzó esta especie de reivindicación: en 193 les arrebató el rico territorio de Emporia que les abría el camino del interior de Africa, y once años después hizo nuevas invasiones. A estas violencias sólo oponía Cartago quejas que enviaba á Roma; pero seguro de Masinisa el senado, lo dejaba siempre en quieta y pacífica posesión de lo usurpado. Alentado con esta parcial tolerancia, invadió el africano en 174 la provincia de Tisca y setenta ciudades. «Si no podemos defendernos, decían á los romanos los enviados cartagineses, á lo menos decidid lo que queréis que se nos usurpe.»

Sucedía esto en vísperas de la guerra con Perseo: el se-